

CAPÍTULO II

El día siguiente a la matanza

El lunes por la mañana París tenía el aspecto febril de los grandes días. Un sol rojizo atravesaba penosamente una atmósfera baja y gris. El viento soplaba en ráfagas que traían del Este un frío intenso. Diríase que el ambiente reflejaba el ánimo del pueblo, dominado por pensamientos y sentimientos sombríos y tumultuosos, precursores de la rebeldía.

La multitud de los arrabales circulaba menos compacta que de costumbre: los vagones del metro, los autobus y tranvías transportaban menos pasajeros.

Los obreros que, por hábito, habían salido de su casa como si hubieran de acudir al trabajo, leían el diario de su preferencia, comprado en el kiosco, recién salido de la rotativa.

Penosos pensamientos y una vaga ansiedad oprimía los corazones y contraía los rostros. Entablábanse breves conversaciones, puntuadas con duras reflexiones contra el gobierno.

La nota dominante era pesimista: «La cosa presentaba mal aspecto...», decían los circunspectos.

En diferentes puntos, algunos movimientos súbitos e impetuosos, o exclamaciones furiosas sacudían la inercia rutinaria.

Los que se dirigían al trabajo eran los obreros dóciles, los mansos, los resignados, y aun estos mismos lanzaban gritos de rabia en violentas interjecciones.

No hubo fábrica ni taller con el personal completo, y además los obreros presentes no dedicaban a la tarea el ardor habitual; sus movimientos manifestaban la inquietud y la ansiedad que les dominaba.

El día anterior, en las diversas reuniones celebradas tarde y noche — mitins o veladas familiares o recreativas — se comentaron los acontecimientos de la mañana por oradores en quienes la indignación se elevaba hasta la elocuencia.

Esas reuniones fueron visitadas por los miembros de los comités de huelga. Para dramatizar sus palabras, hablaron de la agonía de las víctimas, de las penas de sus familias y de la desesperación de las viudas y de los huérfanos. En su desbordante furor exponían que la solidaridad proletaria debía manifestarse por la

cesación completa del trabajo; pero rápida, inmediata, sin esperar la señal de los organismos sindicales.

La consigna se propagó por vibraciones espontáneas, por acuerdo tácito; y así se vió desde la primera hora del lunes que la corriente favorable a la huelga era formidable, y la vuelta al trabajo muy reducida e indecisa.

Pronto surcó las calles una multitud nerviosa, en busca de noticias, dirigiéndose a la calle de la Grange-aux-Belles y la Bolsa del Trabajo, y, como punto de principal curiosidad, al teatro de la matanza, al trozo de los grandes bulevares donde cayeron las víctimas.

Allí se mantuvo todo el día una peregrinación constante. La columna humana pasaba, recogida, emocionada, muda, sin que se oyera más voz que la de los vendedores de periódicos ofreciendo las últimas ediciones. Cuando se formaban remolinos de multitud, eran dispersados por la policía; a su tradicional «atrás o adelante» pronunciando con no acostumbrada amabilidad, las gentes obedecían casi inconscientemente: diríase que despertaban de un letargo; miraban a los polizontes con horror sin tener aún la energía de la resistencia.

Por la noche se amontonaron ramos de flores hasta constituir pirámides floridas sobre las

manchas de sangre. Las autoridades, temiendo exacerbar la sobreexcitación popular, las respetaron, limitándose a aumentar las precauciones y a reforzar las guardias en las obras y en los puntos estratégicos.

Los consejos de los sindicatos, los comités de las federaciones y de la Confederación General del Trabajo se habían reunido, acordando unánimamente la huelga de solidaridad.

Se adoptó invitar a los trabajadores de todas las corporaciones a suspender el trabajo hasta que el gobierno se comprometiera a castigar a los fusiladores del pueblo y a buscar los responsables positivos; no sólo los brazos ejecutores, sino la cabeza que concibió y ordenó la matanza.

La declaración de huelga, pronto conocida, se propagó con tal velocidad, que, aunque decidida a partir del día siguiente, alcanzó considerable extensión en el curso de aquella misma tarde. Formáronse columnas de manifestantes que, recorriendo fábricas y talleres, anunciaban la decisión de la huelga y avergonzaban a los que se resistían a abandonar el trabajo. En la generalidad de los casos no era necesario insistir; las herramientas se soltaban a las primeras indicaciones.

Mientras el pueblo se ponía en movimiento,

los acontecimientos que le conmovían se deslizaban sobre las epidermis de los parlamentarios. Una demanda de interpelación presentada a la Cámara por los socialistas fué friamente acogida por la mayoría y la derecha, formando conjunción contra los sindicatos. Los ministros se negaron a dar explicaciones; después, restablecida la calma, responderían a los interpelantes. Además, con el optimismo y la ceguera que han caracterizado siempre a los gobiernos a la víspera de las revoluciones, anunciaron que no debían tomarse las cosas a lo trágico y que pronto se restablecería el orden. Una mayoría compacta dió su aprobación al gobierno en votación ordinaria.

Por su parte, el pueblo, lejos de esperar nada favorable del parlamento, le tenía, con razón, por su enemigo, y respondió con desprecio y sarcasmo a la indiferencia gubernamental. No se indignó por aquella actitud. Como no esperaba nada por aquel lado, supo demostrarlo por su escasa intención de dirigirse al Palacio Borbón.

La plaza de la Concordia, donde, en los períodos tumultuosos del siglo XIX, acudía la ola humana, ansiosa de conocer las decisiones de la Cámara, no era ya más que un punto de dispersión.

La masa popular que bajaba de los bulevares,

adonde había ido por simpatía, por simple curiosidad o por visitar el teatro de la matanza, desembocaba en la Magdalena y en la plaza de la Concordia.

Venía allá impulsada y no atraída.

Alrededor del Obelisco y de las fuentes que le circundan, refluía la multitud, retenida por la magia del espectáculo que se le ofrecía: el sol, ocultándose detrás del Arco del Triunfo, iluminaba la avenida, incendiando las ramas todavía ennegrecidas de los árboles. Las miradas, encantadas por el bello espectáculo, no se volvían hacia el palacio legislativo, cuya masa negruzca y sombría tenía aspecto de monumento fúnebre y producía la impresión de cosa muerta, de pertenecer al pasado.

Pasó el día sin graves incidentes. Jornada de espectación durante la cual los adversarios se observan antes de producirse el choque. Hubo escaramuzas en diversos puntos, suscitadas por la torpeza de los agentes, quienes, desconociendo hasta qué grado había disminuido la docilidad de la multitud y creyendo poder atropellarla como siempre, tuvieron la imprudencia de intentar algunas detenciones; pero el pueblo, indignado y colérico, intervino, obteniendo a viva fuerza la libertad de los prisioneros. Ese desprecio al uniforme, ese

desacato rebelde era un mal presagio para la autoridad.

Llegada la noche la agitación tomó aspecto más grave: como la noche anterior, hubo concentración en múltiples reuniones, mitins, reuniones de grupos, asambleas de sindicatos. Los locales rebosaban de asistentes, y los que iban llegando, por falta de sitio, se agolpaban a las puertas. Los discursos eran sobrios; había pasado la hora de la elocuencia y se estaba en la de la acción, siendo sólo preciso ponerse de acuerdo para adoptar medidas y obrar con decisión y energía, a fin de acentuar el movimiento de huelga, de acelerarle y de ampliarle hasta hacerle unánime.

Las organizaciones sindicales tenían todos sus comités en sesión permanente. El Comité Confederal, en un primer manifiesto, planteó las condiciones de la huelga, definió el ultimatum al gobierno: castigo a los asesinos; justicia a la clase obrera.

Aquí se impone en paréntesis: al comienzo de esta huelga de consecuencias incalculables, los iniciadores la redujeron a la forma de un ultimatum al gobierno. No es extraño, porque en los cataclismos sociales sucede lo mismo que en los organismos vivientes: nacen de una célula, de un germen que se desarrolla gradual-

mente. En su principio el ser es débil, la revolución es informe, pero informe de tal modo que sus más ardientes partidarios, los que la preparan, la impulsan y quisieran llevarla a su último desarrollo, la desean más que la presienten.

Así ha sucedido en todas las revoluciones anteriores: siempre sorprendieron a sus adversarios, y a veces a sus más fieles precursores; pero en el curso de todas, lo que más ha caracterizado a los hombres profundamente revolucionarios consiste en haber sabido aprovechar los acontecimientos, en que siempre han estado a su altura y nunca se dejaron exceder por ellos... Así sucedió una vez más en esta ocasión.

Hecha esta observación, volvamos al Comité Confederal: el pensamiento que a la sazón animaba y resumía las aspiraciones comunes, consistía en realizar una suspensión del trabajo tan completa que el gobierno quedara por ella quebrantado, dejando que las circunstancias hicieran el resto.

En consecuencia, el Comité lanzó un manifiesto, y después se entendió con los consejos federales de las corporaciones para el envío de delegados a provincias. Recibieron éstos la misión de dirigirse primeramente a los pun-

tos estratégicos en concepto industrial y comercial, sobre las grandes arterias de circulación y sobre los centros cuya producción era de primordial utilidad para el funcionamiento social; allí expondrían los motivos de la huelga, excitarían el entusiasmo y enardecerían los ánimos que vacilaban ante las noticias falsas, extendiéndose después de centro en centro en el mayor radio posible.

No sólo estaban en conmoción las agrupaciones sindicales: todas las aglomeraciones revolucionarias, grupos antimilitaristas y organizaciones secretas, celebraban reuniones y se preocupaban de aportar su concurso al movimiento con buenas iniciativas.

Distinguíanse entre todos los grupos antimilitaristas, redoblando su actividad con la huelga de la Edificación, por ofrecerles un excelente campo de propaganda la circunstancia de hallarse los soldados diseminados en toda la extensión de París, donde podrían recordarles que eran hombres y que no debían mancharse con la sangre de sus hermanos de trabajo.

A tal obra se dedicaban aquellos grupos con ardiente entusiasmo.

Si por parte del pueblo la huelga se coordinaba, el gobierno no permanecía inactivo. Juz-

gando superfluo acentuar las medidas defensivas, ya harto respetables, se preocupó de hacer frente a la suspensión de trabajo, confiando obtener buen éxito en vista de los fracasos anteriores de las tentativas de huelga general, que no habían pasado nunca de huelgas parciales.

No queriendo aparecer como cogido de improviso, el gobierno tuvo empeño en mostrar aptitud para refrenar el peligro social y en mantener su prestigio para evitar emociones a la Burguesía, recurriendo al único recurso, a la mano de obra militar, y en este sentido dió instrucciones.

Ordenó al efecto rápidas informaciones en los sindicatos patronales y en las compañías de explotación para averiguar aproximadamente el número necesario de soldados para remediar la huelga, y preparó una movilización para industrializar el ejército.

Algunos propusieron que inmediatamente se instalaran soldados cerca de los obreros, pretendiendo que al ver éstos a su lado sus reemplazantes dispuestos a substituirles, no osarían lanzarse a la huelga.

Los patronos, más psicólogos, objetaron que ese procedimiento causaría efectos desastrosos irritando a los más timoratos.

Por último se adoptó formar la lista de los

oficios y de las categorías a que, si fuera necesario, se incorporarían los soldados.

Preparándose así en los dos campos, llegó la noche.

La gran ciudad se sumió en angustioso entorpecimiento, que contrastaba con la ruidosa ebullición del día. Sólo se oía el paso de las patrullas que circulaban por las calles.

CAPITULO III

La declaración de huelga

El despertar de París el martes fué el de un paráltico. No sólo continuaba el entorpecimiento, sino que aumentaba con el día. No se había disipado el silencio con la luz: de la calle no subía el acostumbrado murmullo, sinfonía de rumores diversos que desde el alba anunciaba diariamente la renovación de la actividad.

La paralización del trabajo, que el día anterior había sido espontánea y se había efectuado al azar de las iniciativas y de los impulsos particulares, se regularizaba y generalizaba con un método que denotaba la influencia de las decisiones sindicales.

La indignación popular, exaltada en sumo grado, contribuyó a la aceleración del movimiento. El pueblo se sintió poseído de tan profundo sentimiento de piedad por las vícti-